

ESPAGNOL

Commenter le texte suivant en espagnol et le traduire de [l. 47] « Estamos en el minuto de desnudar los libros. » jusqu'à [l. 68] « ... juntas ante el fuego! ».

La narradora, Nadia Guerra –quien pertenece a la generación nacida después de la Revolución cubana– explica en su diario íntimo cómo su madre –quien tuvo que exiliarse durante la Revolución– llegó a constituir toda una «biblioteca forrada» compuesta por unos libros prohibidos o imposibles de publicar en Cuba.

La casa de mi infancia estaba dividida; el espacio que compartía con mi madre medía menos de cuarenta metros cuadrados pero, a pesar de todo, teníamos dos bibliotecas. Yo era pequeña cuando mami se fue, pero aún conservo las dos bibliotecas en mi memoria.

5 Podía verse una aparente en la línea frontal de estantes, con biografías, diarios, novelas, poemarios y, luego, detrás, camuflada, la biblioteca de los libros forrados, el espacio secreto, el laberinto preferido de nuestros amigos.

Cuando se hablaba en pasado de alguien que una vez nos visitó y tomó café en nuestra sala, era porque ese alguien ya no estaba entre nosotros. Cuando se citaba en voz baja, con apodos o apellidos transformados a «un innombrable», cuando sólo se extendía el ejemplar ante los ojos de otro amigo, aparecía un nuevo libro forrado. El mismo, pero «iluminado a mano». Rebautizado con títulos inofensivos como: *Manualidades. Colegio de Los Amigos. ¿Cómo aprender sin sufrir?*, de J. J. Almirall.

10 Esos que iban a parar al fondo, a la dilatada oscuridad, en medio de una arquitectura invisible, al laberinto donde descansaban los más deseados. Libros húmedos como herramientas del conde de Montecristo. Cada uno llegaba a mi casa de modo distinto. Eran «los años duros», y ahí se ocultaban los textos duros.

15 La información de esta lista de títulos no se le daba a todos, no se le prestaba a casi nadie, esos ejemplares no salían de casa. Entre comidas inventadas y borras recicladas de café, se leían de pie.

20 Mi madre siempre fue la reina velada de este pequeño círculo de aprendices, disfrutaba y sufría el halo que le confería el *no poder-no lograr-(o no querer)* editar sus versos. En los años 70 entregó un original a una de las pocas casas editoriales cubanas de entonces, pero nunca le respondieron. Hasta ahí llegó su gestión. No era sólo censura. Mi madre no hubiese podido publicar en ninguna parte. Fue una brillante corredora de fondo; aglutinó a un grupo de artistas que hoy forman parte de la intelectualidad cubana activa fuera y dentro de Cuba.

25 Mi casa era el centro de muchos poetas, el eje de muchos debates, dolores de cabeza, fiestas, discusiones, llantos, despedidas y disgustos para quienes no aceptaban la diversidad de opiniones de esa época.

30 Amigo que caía en desgracia, amigo que mi madre rescataba. Clasificaba sus libros para ampararlos; de ese modo, con ese tópico, llegaron a sumar más de trescientos los volúmenes forrados. Y como el final de ese tipo de amigos era casi siempre emigrar, los libros seguían a buen recaudo entre nosotras.

35 Cuando los leí ya mi madre no estaba conmigo, ella despidió a todos pero se fue sin despedirse de nadie. Poco a poco venía deshaciendo estas preguntas: ¿qué podía justificar la censura?, ¿el autor o sus contenidos?, ¿se puede prescindir de esos autores y de esos títulos en Cuba toda la vida?

«El nido» de mi madre regresó a un mismo lugar oscuro, ella esconde en cierto sitio su caja de tesoros, extrae de la cartera siete libros forrados precavidamente, sigue trazando sus zonas de confianza. Es el miedo que lo confunde y lo enrarece todo.

40 Cuando conocí a Eliseo Diego yo tenía ocho años, y le pregunté a mi madre:

–¿Mami, él escribe libros «forrados»?

Mi madre me contestó:

–No, él escribe poemas para recitar de memoria, aunque pertenece a una generación forrada.

45 (Su hijo, Eliseo Alberto Diego, *Lichi*, descendiente del linaje de Orígenes, sí escribe libros forrados.)

Estamos en el minuto de desnudar los libros. Traigo a mi madre hasta el portal, la tapo porque el aire de mar es traicionero. La acomodo en el sillón de madera que ha ido haciendo suyo con los días. Deseo que vea nuestro ritual en primera fila. Por fin se cumplen nuestras

50 peticiones, nuestras plegarias.

Lujo y yo encendemos una pira en el jardín que da al Malecón. Allí vamos quitándole la cáscara, la mordaza, la careta o el cinturón de castidad a los libros, desvirgándolos del miedo, tirando los forros para que se los coma el fuego. Algunas fundas tienen fotos de mártires; otras, el rostro de modelos rusas, los más recientes: anuncios y afiches de películas

55 americanas.

El fuego nos hace delirar. Mi madre no sabe bien por qué, pero aplaude cuando los ve arder. Lujo llora y yo río. No quiero que se me olvide este momento. He aquí la libertad conquistada con fuego, mi pequeña venganza histórica. Ha llegado el momento de abrir las arcas, revelar lo que han sido y dejarlos salir al aire empapado del Malecón de La Habana. La

60 luz dorada alumbra sus nombres y apellidos.

Queridos autores: les presento La Habana a todo color.

Me pregunto cuándo van a dejarlos sobrevivir en las aduanas, o en qué momento van a ser editados en Cuba de una buena vez. Ni un libro escondido más, ni una palabra silenciada más. Ése es mi mayor deseo como ciudadana.

65 Mi biblioteca está desnuda, ahora falta salvar a mi madre. Antes de perder por completo su memoria, me permito develarle las carátulas originales. Le regalo el placer de verlas en todo su esplendor, aunque no entienda nada, aunque ya sea demasiado tarde para ella. ¡Qué maravilla mirarlas juntas ante el fuego! Leo a los clásicos del exilio como leo a los clásicos que viven y mueren aquí.

70 No hay dudas. Un buen libro nació para ser editado en su mercado natural, en su patria, con el sabor del origen, el olor y el tacto para el que fue pensado. El libro nació para ser leído. Pasar el dedo por el lomo desnudo y elegir que es el mandamiento para quienes deseamos escuchar y ser escuchados libremente.

¡Abajo los libros forrados!

75 Mi madre aplaude. Lujo sigue llorando. Hago fotos que testimonian este momento. Mi nueva obra.

Wendy GUERRA (1970-), *Nunca fui Primera Dama*, 2008.